

Y yo, estático, aturdido, sin conciencia de mí mismo, la ví alejarse con ojos glaciales, como se ven huir los años, la juventud, la vida; como se ve partir y desvanecerse en lontananza todo cuanto nos hace felices sobre la tierra.



LA SUERTE DEL BUENO.



I

CUANDO vino al mundo Simplicio, casi no hizo sufrir á su madre, ni lloró, como es costumbre de recién nacidos. Su lactancia fué muy cómoda: no desvelaba á la autora de sus días, ni le pedía que le amamantase á cada momento; tomaba el alimento á la hora que se le daba, y cuando despertaba, se estaba en la cuna callado y con los ojos abiertos.

La madre decía:

—¡Qué niño tan bueno!

Y se olvidaba frecuentemente de ofrecerle el pecho y de arrullarle, porque el tier-

no vástago no echaba abajo la casa con sus
chillidos

II

Ya crecido, sus hermanos se le sobrepu-
sieron en todo, porque no se atrevía á
mostrarse en primer término ni á pedir dá-
divas. Sus padres, por llevar la fiesta en
paz, compraban trajes lucidos á sus otros
hijos, que no eran tan buenos como Simpli-
cio, y á él le dejaban andar casi astroso, ó
le acomodaban trajes de desecho. Sus her-
manos tenían más juguetes que él y más
golosinas, porque sabían procurárselos; y
cuando Simplicio adquiría por acaso alguna
de esas cosas, ellos se la quitaban validos
de la astucia ó de la violencia. Sus progeni-
tores, al ver tanta moderación y dulzura, so-
lían decir:

— Simplicio es tan bueno que no necesita
nada.

Y en efecto, nunca tenía nada, y siempre
estaba contento.

III

En el colegio fué blanco de las chocarre-
rías y de las pesadas bromas de sus condiscíp-
ulos. Se refan de él con descaro, le tiraban
de las orejas y le pegaban por quitame allá
esas pajas. El lo sufría todo y nunca lleva-
ba quejas á los maestros. Siempre que cual-
quiera de los colegiales hacía alguna diablura,
se descargaba de la responsabilidad
echando la culpa sobre Simplicio. Este se
defendía con timidez y torpeza, y los maes-
tros, creyéndole culpable, desplegaban ha-
cia él mayor severidad que hacia los otros
diablejos, y le castigaban de firme, gritando
con indignación:

— ¡ Miren al angelito ! ¡ Quién lo había de
pensar ! ¡ Parece que no quiebra un plato !

Y le ponían orejas de burro, le daban
palmetazos y le exponían de rodillas á la
vergüenza de todo el colegio, á la puerta de
la clase.

IV

En la adolescencia se prendó de una joven muy bella, que correspondió su cariño; pero uno de sus amigos le disputó la conquista. Y la hermosa, seducida por la gallarda apostura, gracioso despejo y apasionado lenguaje del rival, le prefirió á Simplicio, dejando á éste, como suele decirse, con la luna en prendas.

El desgraciado joven lloró á solas, porque amaba mucho á la ingrata; pero no le suscitó escenas violentas, ni riñó con el amigo, ni siquiera les echó á ambos en cara su mal proceder. Manso y resignado, se hundió en la soledad, y se envolvió en el manto real de su tristeza.

V

Desengañado de la vida y sin esperanza de hallar en ella la dicha, decidió entrar en un convento. El guardián le halló demasia-

do sencillo para fraile, y le dijo que sólo podría servir para lego. Simplicio aceptó aquel puesto despreciable, porque su único deseo era consagrarse á la vida monástica, y poco le importaba la gerarquía conventual; antes hallaba un placer singular en rebajarse y en ser humillado. Le parecía que de esta manera cumplía mejor el renunciamiento de sí mismo que tenía resuelto.

Los frailes le llamaban *Simplón*, y, como no chistaba y hacía cuanto le ordenaban, dejaban caer sobre él todo el peso de las más duras faenas.

—¡ Hermano *Simplón* á barrer los ambulatorios!

—¡ Hermano *Simplón*, á hacer la comida!

—¡ Hermano *Simplón*, á la enfermería!

—¡ Hermano *Simplón*, á tirar la espuerta de la basura!

Y Simplicio, impasible, no paraba un instante, ocupado en aquellos menesteres. Como no le daban tiempo para orar, robaba las horas al sueño para rezar sus devociones, y permanecía de rodillas en la celda hasta pasada la media noche, absorto en prácticas piadosas. Dormía echado en una tarima, comía poco, aplicábase al cuerpo du-

ros silicios, y dos ó tres veces por semana se flagelaba sin misericordia, como si no le bastasen para sufrir los martirios del día. Y mientras duraba la penitencia, salmodiaba el *miserere mei Deus* á la sordina, para que la comunidad no le oyese; pues era pudibundo hasta en las manifestaciones de su misticismo.

VI

El espíritu de Simplicio estaba siempre listo y dispuesto para todo trabajo; pero la carne, su pobre carne, empezó á debilitarse al cabo de algunos años. Andaba con paso lento, no podía levantar objetos pesados, se fatigaba al desempeñar las labores manuales y tardaba en hacer lo que se le mandaba

—*Simplón* te vas volviendo holgazán, le decían los hermanos.

Y no pocas veces, el padre guardián, indignado, le enderezaba severísimos sermones, motejándole su falta de docilidad para obedecer los mandatos de los superiores, el

tedio que manifestaba para los ejercicios de paciencia y la pertinacia que mostraba en no corregir sus defectos.

Simplicio no objetaba cosa alguna, porque no sabía defenderse y porque pensaba quizás que tenían razón sus superiores; que sus achaques no valían la pena, y que la debilidad que sentía no venía tanto del cuerpo como del alma.

Recrudecía con esto sus penitencias, dormía y comía menos, y rezaba y se azotaba más, esperando por este medio encontrar los perdidos bríos; pero en vez de levantar cabeza con aquellas prácticas, se iba poniendo todos los días más pálido, enteco y desmedrado, como sombra de lo que había sido. Pero la comunidad, como le miraba de continuo, no echaba de ver los profundos cambios que se iban realizando en su desquiciado organismo.

VII

Un día apareció dormido en la cocina, á horas en que iba á empezar el refectorio: una ligera inspección á las hornillas, bas-

tó para comprobar que el hermano cocinero no se había ocupado en preparar las parvidades de la comunidad. Tan punible abandono le valió una terrible y pública reprimenda del padre guardián, quien le mandó con acento colérico que se marchase á la celda y no saliera de ella en dos días, en castigo de su falta.

Simplicio no alegó estar muy enfermo, ni sentir la cabeza tan pesada como una torre, ni tan flacas las piernas como si no tuviesen huesos ni tendones, ni tan obscurecida la vista como si fuese á quedarse ciego.

Como pudo, se levantó de la banquetta donde se había aletargado, y se encaminó tambaleando á su prisión.

Al notar su paso vacilante, murmuró un lego mofletudo:

—Dios me perdone el mal juicio, pero creo que Simplón se ha bebido el vino de celebrar.

La inspección que se hizo á las damajuanas de la despensa, no resolvió la duda; hubo opiniones por la negativa y por la afirmativa sobre la borrachera de Simplicio.

VIII

Pasados los días de reclusión, Simplicio no salió de la celda.

—Ha de ser por no trabajar, sospeché el lego rechoncho.

Y se acercó de puntillas á la puerta del cuartucho, creyendo que iba á encontrarle dormido. Nada se movía adentro; no se escuchaba ningún ruido.

Empujó los batientes de madera cautelosamente, y vió á Simplicio de rodillas. Arrepentido de su mal juicio, retrocedió con el mismo sigilo, y volviendo á entornar la puerta, se alejó.

IX

Pero como pasaron varias horas sin que Simplicio se mostrase á la comunidad, acudió el guardián en persona á ver lo que ocurría, y le encontró siempre de hinojos.

—Basta de rezo, hermano, le dijo, póngase

se en pie y salga á desempeñar las faenas que le corresponden.

Simplicio no respondió. Repitió la orden el superior; pero todo fué inútil. Simplón no desplegó los labios. El fraile, asombrado se acercó á él para sacudirle y hacerle volver en sí; mas al tocarle las manos, las sintió rígidas.

Simplicio estaba muerto.

La comunidad sorprendida exclamó:

—¡ Calle, pues era cierto que Simplicio estaba enfermo!

X

Al día siguiente se levantó el guardián diciendo que había soñado á Simplicio en la gloria, rodeado de ángeles.

Los frailes se miraron estupefactos.

Nunca se les había ocurrido que *Simplón* pudiera ganar el cielo.

XI

El cuerpo del lego fué sepultado en la huerta, sin más distintivo que una cruz de madera. El tiempo y la lluvia destruyeron la cruz, creció la hierba, y poco tiempo después, nadie conservó memoria ni de Simplicio, ni de su tumba, ni de su nombre.



INDICE.

	Páginas.
Introducción	V
Nieves	5
El primer amor.....	139
El Espejo.....	301
En Diligencia.....	343
Adalinda	391
El Arpa	413
Un Pacto con el Diablo	445
La Fuga	479
El Brazalete.....	543
La Suerte del Bueno.....	573



Erratas más notables.

Dice.	Debe decir.	Pág.	Lin.
al.....	la.....	X.....	6
llama.....	llamaba.....	25.....	21
exuberante.....	exuberante.....	41.....	6
cornúpeto.....	cornúpeta.....	76.....	6
deteñidos.....	detenidos.....	117.....	12
bajo.....	bajó.....	123.....	3
aparecieran.....	aparecieron.....	128.....	10
ya.....	y á.....	153.....	9
saludas en.....	saludasen.....	181.....	19
de la gloria oculta- ra Dios.....	ocultara la gloria de Dios.....	182.....	1
misterioso.....	misteriosa.....	183.....	3
artísea.....	artística.....	185.....	24
po.....	por.....	234.....	7
hojad.....	hojas.....	id.....	9
supersficie.....	superficie.....	id.....	11
abatimient.....	abatimiento.....	243.....	13
nimbos.....	limbos.....	261.....	9
dieciocho.....	diez y ocho.....	329.....	11
vieran.....	vieron.....	330.....	12

Dice.	Debe decir.	Pág.	Lin.
jamás	nunca	333	7
si no	sino	358	16
convenimos	convinimos	360	20
por brida	por la brida	367	14
<i>vieillesse</i>	<i>vieillesse</i>	394	20
dieciocho	diez y ocho	396	8
rosagancia	rozagancia	432	11
vistiendoes nuevos,	vistiéndose nuevos		
trajes	trajes,	475	8
entregaba	abandonaba	530	9



